

Entre sombras: El ave

Joaquín Toro (Martín Cincinnati)

A close-up photograph of a person's hand and forearm. The hand is held palm up, with fingers slightly spread. On the forearm, there is a dark, intricate tattoo. The tattoo depicts a bare tree with many thin branches extending upwards and outwards. Several small, dark silhouettes of birds are scattered around the tree, some appearing to fly or perch on the branches. The background is a textured, light-colored surface, possibly a wall or a piece of fabric.

# ENTRE SOMBRAS: EL AVE

JOAQUÍN TORO

# Capítulo 1

Entre sombras: El Ave con manos

—El nivel de horror que se trabaja a la hora de desmembrar un cadáver jamás ha sido algo medible, pero se puede inferir que las causas del mal inherente a todo ser humano son tan prodigiosas que dejan lugar a la imaginación —enunció el médico forense mientras observaba el cuerpo abierto de Sebastián sobre la mesa.

Yo ya estaba habituado a su verborrea presuntuosa.

—¿Que fue lo que lo mató? —pregunté.

—El deceso de la víctima sobrevino cuando abrieron de tirón el abdomen —explicó al tiempo que señalaba el pecho con su dedo enfundado en un guante quirúrgico—, el desgarró derivó en un shock nervioso que acabó por colapsarlo. Fíjate bien —advirtió— ¿Ves algo inusual?

—Sus órganos... —balbuceé acercando mi rostro al abdomen iracundo y desvelado de Sebastián—. Falta algo.

El rostro del médico tenía las facciones de una escultura griega, y con ello, portaba la frialdad inexpresiva de un benevolente Ares.

—Tranquilo —me dijo. Su voz era cálida y transmitía un halo paternal que me ayudó considerablemente.

—Lo estoy —expresé, aunque sin duda mi voz denotaba lo contrario. Mis ojos escudriñaron el abismo infernal de carne y sangre, y no pude evitar los ojos de aquel muchacho. Sebastián tenía quince años de edad.

Hubo un silencio.

—Le sacaron el diafragma —concluí alejando el rostro.

—Entre otras cosas —sus ojos azules se ocultaban bajo el reflejo de la luz sobre sus bifocales.

Eran las nueve de la noche, la morgue parecía incluso más silenciosa que de costumbre.

—¿Escribirás el artículo? —preguntó.

—Sabes que sí.

—Los detectives fueron sacados del caso. Ahora el FBI tiene el control ¿Cómo pretendes pasar por alto la confidencialidad con la que se maneja este asunto?

—Sé quien lo hizo.

—No te creo. No tienes con qué probarlo, además no es tu trabajo.

—Hazme un favor, William, no me digas cuál es mi trabajo.

Esa noche abandoné la morgue de la ciudad arrastrando la imagen de Sebastián en mi retina. Prefería obviar las deplorables condiciones en qué el asesino había dejado su cuerpo y concentrarme en sus ojos cerrados, en la calma extraña que reflejaban sus párpados lívidos y su cabello revuelto. Cuando llegué a mi departamento, me dispuse a beber un descafeinado y dormirme en el sofá mientras contemplaba el retrato de mi ex, Joane, sobre la mesa de centro ¿Era posible dormir después de verle las vísceras a un muchacho?

Los asesinatos habían comenzado hacía dos meses. La primera víctima fue un adolescente llamado Larry Huff, de quince años, cabello castaño, contextura media, vivía en el sector sur de Alazor. Fue encontrado por la policía varios kilómetros al norte, antes de llegar al pueblo de Blackhole. A los perros les había tomado cinco días rastrear el cuerpo. Cuando lo hicieron, lo encontraron tirado en el suelo a metros de un pozo rodeado de gruesos almendros. Lo único que le faltaba eran las piernas, sin embargo, resultaba igual de inquietante el que Larry hubiese estado solo en aquel bosque. La madre declaró a los detectives no tener idea acerca de qué podía encontrarse haciendo y ellos tampoco habían sido capaces de esclarecerlo. Cuando la habitación del joven fue registrada en busca de pruebas, solo encontraron libros sobre animales y material de estudio; una computadora Mac cuyo historial registraba cientos de miles de entradas a Facebook, páginas porno, plataformas de chat, y un sitio llamado "El ave", del cual no se supo gran cosa, pues el contenido había sido borrado de manera reciente por el creador de la página. Al hacerse con las contraseñas de todas sus cuentas gracias al hacker de la unidad de informática, uno de los detectives descubrió que Larry era el autor de la misteriosa página, la cual, según viejas entradas que solo eran visibles gracias a un buscador web atemporal, funcionaba como una especie de blog en la se mostraban historias sobre un ave hermosa de plumas negras.

Sin embargo, la información sobre dicha ave era demasiado escasa como para establecer una relación con la muerte de la víctima. Mis primeras sospechas acerca de la verdadera identidad del asesino surgieron tras recibir un mail de Caroline, una colega que tenía un contacto dentro del FBI que le facilitaba información acerca de los casos confidenciales. En el correo, Caroline explicaba que su contacto había sido

despedido del departamento federal de archivos al ser sorprendido husmeando entre los ficheros denominados "El Ave", pero que gracias a su prodigiosa memoria, logró retener el nombre de German Nouville como uno de los amigos cercanos a Larry. Tras hacer mis correspondientes averiguaciones, supe que German contaba con un historial de mudanzas bastante inusual.

Al parecer, los padres de German, doce meses antes de que se cometiese el primer asesinato, vivían en un condominio de Alazor ubicado al norte, y se habrían mudado exactamente dos meses antes de que la muerte de Larry tuviese lugar. Ahora, mis sospechas acerca de la familia no los señalaban como posibles autores, sino como testigos o conocedores de pistas claves para identificar al asesino, dado que tras perpetrarse la muerte de Larry, los padres de German se habrían mudado una vez más a una dirección que hasta este momento yo desconocía, pero ¿Cómo se relacionaban estos sucesos con la muerte de Larry? ¿Qué tenía que ver German en todo ello? ¿Qué es lo que sabía? Y las piernas ¿Para qué diantres le habían cortado la piernas a Larry?

La misma pregunta aplicaba para el caso de Sebastián, el muchacho de quince años al que le habían arrancado de cuajo el esternón y una serie de órganos esa noche... Detalles escabrosos a los que me enfrentaría al día siguiente.

Aquella noche, como no podía dormir, me quedé trabajando en mi artículo hasta las tres de la madrugada mientras transmitían "El cuervo" por TCM. Revisé mi correo y mi corazón dio un brinco cuando encontré un mensaje de Caroline:

"El sitio web que visitaba Larry ha estado activo desde los últimos nueve meses, pero ha cambiado de nombre, ahora lo puedes hallar como [www.elaveconmanos.onion](http://www.elaveconmanos.onion), se trata de un sitio que ha tomado lugar en la internet profunda..."

En el resto del mensaje, Caroline me explicaba cómo ingresar de manera segura al sitio. Sin embargo, una vez ahí, para acceder a toda la información, debías de dar a conocer a tu "padrino", que era como le llamaban al sujeto que te había invitado. Al parecer mi colega solo había visualizado el contenido que la página mostraba al público no registrado, mas desconocía la verdad contenida tras los muros de ese pequeño secreto en la red.

A la mañana siguiente regresé a la morgue y terminé por enterarme que a Sebastián le habían extraído los riñones. En la internet profunda se daba mucho el tráfico de órganos. La idea de que alguien con el nivel de audacia y perversión suficientes matase gente solo para vender sus partes no era una hipótesis aceptable, de haber sido ese el caso, los federales, con toda su parafernalia instalada dentro de la web, habrían sido capaces

de encontrar a los responsables. Además, tanto Larry como Sebastián habían sido encontrados en las zonas aledañas de la ciudad. Aquello exhibía el patrón típico de un asesino serial. Necesitaba la ayuda de alguien que me ilustrase acerca de ellos. Pero antes de recurrir a dicha persona, emprendería un breve recorrido a la escena del crimen.

Dos días más tarde, preparé mi modesto equipo de investigación, que consistía en un teléfono celular que incluía grabadora de sonido y la capacidad de sacar fotos en alta resolución. En el asiento del copiloto descansaban una libreta con un bolígrafo atravesado en el espiral y una carpeta con fotografías del caso "El Ave". Mi Citroën azul se deslizaba a treinta kilómetros por hora a lo largo de una carretera asfaltada y llana. No había luna esa noche, pero el cielo iluminaba la ciudad y sus confines con un azul húmedo y fresco que acentuaba la frondosidad de los bosques desperdigados al norte. Era pleno verano, por lo que viajaba con las ventanas abajo. Me estacioné en la orilla, donde había un letrero redondo que decía: "Reserva Bodden Forest". Apenas me apeé del vehículo, absorbí el perfume de los pinos, era un olor muy fresco y hacía que mi corazón latiese con fuerza; sentía la sangre oxigenarse a un nivel que hubiese sido imposible dentro de la ciudad.

Con linterna en mano, avancé entre los árboles. Sabía que el lugar donde habían hallado el cuerpo de Larry estaba próximo al de Sebastián. Una brisa fresca y deliciosa se deslizaba y mecía las ramas y arbustos, generando una temperatura agradable en el terreno. Tras unos tres minutos, emergí de un sendero dibujado de arboles para divisar represas de agua sin funcionar a unos dos kilómetros de donde yo me encontraba.

Deseaba llegar hasta el sitio del suceso, pero ¿Qué deseaba hallar? Algo, cualquier cosa, cualquier indicio que entregase luces sobre el asesino. Finalmente, ahí estaba el pozo abandonado, lucía antiguo y en desuso. La brisa barrió las hojas alrededor y se oyeron los graznidos de una paloma.

Caminé alrededor iluminando el pozo con mi linterna, pero no había nada significativo. Me asomé para examinar su interior negro e infinito... y volví a escuchar aquel graznido.

Provenía del interior.

Retrocedí unos pasos y este cesó. Cuando me di la vuelta, distinguí la difusa imagen de una cruz a medio kilómetro que se elevaba por sobre el nivel de la vegetación. Me encaminé sin mayor preámbulo. El viento areció un poco más y mis orejas zumbaron todo el camino. Atravesé metros de pinares y luego ingresé en una zona plantada de acacias espinosas. Sorteé con algo de dificultad las ramas caídas hasta llegar a una pequeña iglesia de un color que, dadas las condiciones de luz, identifiqué como malva desteñido. La construcción parecía antigua y ligeramente destartalada;

estaba hecha de madera y, fijándome con detenimiento, comprobé que había uno que otro grafiti en las puertas. Cuando llegué a la entrada percibí un aroma a incienso... Se oían voces barítonas cantando o rezando a un solo coro, grave e inentendible.

Cogí la manilla de la puerta, que era un fierrito orlado y frío, abrí y alcancé a ver una serie de personas sentadas en los bancos; la estancia estaba iluminada solo con velones. Cuando me disponía a entrar, una mano me agarró el brazo.

—¿Qué hace? —me preguntó enojado un sujeto bajo y calvo, mayor y de mirada fuerte.

—Vengo a rezar —lancé, despreocupado.

—¿No me diga? —su mirada me atravesó como mil cuchillas y el brillo de las velas que escapaba por la puerta entreabierta se reflejó en sus oscuras pupilas, otorgándole un aire perverso que acentuó su expresión incriminatoria.

—Soy cristiano y esta es una iglesia ¿me haría el favor de...?

—Me temo que ahora no es un buen momento, señor, los servicios de esta noche son privados, solo acude un grupo selecto y prefieren reserva durante la celebración de los ritos.

—Comprendo —le dije sin dejar de mirarle a los ojos— ¿Usted es cura?

—Obvio ¿Por qué? —gruñó.

—¿Dónde está su sotana?

—Hoy no la uso. Si gusta, lo puedo acompañar a registrar su nombre en nuestra congregación...

—No —interrumpí—, está bien. Volveré en otra ocasión a... rezar.

—En ese caso, le aconsejo una estupenda iglesia en el centro de Alazor, una que no se encuentre en un lugar tan poco concurrido como este.

—Escuche, soy Martín Cincinnati, periodista, investigo el homicidio de Larry Huff y otro muchacho que fueron asesinados en este sector hace un par de meses. Me imagino que conoce la historia.

El hombre miró hacia el bosque de acacias. Tenía toda la pinta de ser un chiflado religioso.



—Sucedió bajo nuestras narices —su rostro se ensombreció y repitió para sí en susurros—: horroroso, algo muy horroroso.

—Pues sí, lo fue y me pregunto quién sería capaz de cometer semejante crimen.

—O qué —agregó.

—¿Qué quiere decir?

—Nada, olvide lo que he dicho.

—¿Usted cree que ha sido algo sobrenatural? ¿Un demonio? —pregunté con la única delicadeza de la que era capaz

El cura volvió su mirada hacia mí.

—¿Usted no?

—Soy periodista, me baso en evidencia para aseverar los hechos.

—Suenas más como a un detective, señor Cincinnati.

—Llámeme Martín —le dije extendiéndole mi mano.

—Soy el padre Russell, pero puede llamarme padre o Russell, como se le antoje.

Estrechamos saludos. Aquello ayudó a aliviar la tensión inicial de nuestro desubicado encuentro.

—Usted de seguro no debe creer en nada sobrenatural o demoníaco. Pero comprenderá que dada mi vocación he visto y tratado asuntos como esos.

—No esté tan seguro de saber en qué creo, padre. Lo sobrenatural es como el suchi, un gusto adquirido y si usted lo cree, no seré yo quien venga a decirle que deje de hacerlo. Pero estamos hablando de actos horripilantes hechos con saña y premeditación. El maldito sabía lo que hacía, lo que quería de esos chicos, y se lo llevó, solo dios sabe para qué.

—Tiene usted razón, aunque pareciera que está enojado por algo más.

Hubo una pausa.

—Es posible —dije, bajando un peldaño lentamente mientras él me seguía—. Preferiría no hablar de ello. La verdad, padre, es que esta noche no vine aquí a rezar sino a buscar pistas, y si sabe algo sobre el caso, es

vital que me lo diga.

—Como le dije hace unos minutos, esta es una localidad poco concurrida. Nuestros fieles son gente que vive cerca y a decir verdad no los conozco a todos, salvo a los chicos que vienen a confesar las banalidades de siempre.

Esa noche el padre Russell y yo prolongamos una conversación que él se empeñó en llevar hacia terreno religioso. La cuestión es que, a primera vista, me había parecido sospechoso. Tal vez solo eran ideas mías, pero ese hombre sabía más de lo que había dejado entrever. Me sentí bastante inútil, mi pequeño encuentro con el cura no había servido de mucho. Atravesé los bosques retomando el mismo sendero de ida y de repente, topé con el pie una vasija de madera. Cogí el recipiente, estaba pesado. Vi el interior e identifiqué una sustancia oscura; introduje un dedo y sentí algo tibio y resbaloso, como un puñado de babosas. Agarré algo grueso con la mano... Al sacarla de ahí, mi mano emergió rebosando de lo que claramente, eran las vísceras de alguien más.

Solté la vasija y los órganos. Mi estómago se revolvió por dentro y me cubrí la boca con la única mano limpia para reprimir el vómito. En el suelo quedaron desparramados los intestinos y membranas sangrientos ¿A quién pertenecían las vísceras? ¿A caso el asesino había vuelto a atacar? Y si así era ¿estaría cerca? ¿Volvería pronto por los órganos? No estaba seguro de qué debía hacer a continuación. Sudando a mares y con el corazón en la garganta, me agaché a recoger la vasija cuando un grito rompió el silencio. No era un grito cualquiera, era como el de un ave, más agudo que el de un águila, pero tan prolongado como el de un humano. Miré al cielo pero solo había estrellas. Ni rastro de la criatura. Comencé a correr con la vasija en las manos. Raudo, atravesé el bosque de pinos, llegué a mi auto empapado de sudor y eché a andar.

No tenía ni la menor idea qué había sucedido, pero ahí, en la carretera de regreso a mi casa, descubrí porqué el padre Russell se tomaba tan a pecho sus teorías sobrenaturales.

Al llegar a casa me desplomé sobre el sofá y me quedé así durante un buen rato. Todavía sentía en mi mano las entrañas cálidas y resbalosas, todavía escuchaba el grito de aquel animal. Examiné la vasija, la madera de la que estaba hecha era ligera, sin grabados, lisa.

—¿Y dices que habían... vísceras humanas dentro de esto? —preguntó Caroline mientras examinaba la vasija y la giraba en sus manos, anonadada.



—Sí —contesté.

Caroline dio un suspiro y dejó educadamente la vasija sobre la mesa. Al día siguiente de mi incursión la había llamado y quedamos de juntarnos en un Starbucks. Ya estábamos disfrutando de una mesa para dos.

—¿Sabes? ¡Una! ¡Una sola vez! Desearía que me llamaras para hablar de algo que no sea sobre muertos... en especial sobre los que son destripados.

—Lo siento, eres la única que me puede ayudar.

—Martín —me dijo, negando con la cabeza— ¿Qué rayos hacías en ese lugar?

—Fui porque pensé que encontraría pistas sobre el caso.

—No eres detective.

—Sé quién está detrás de esto. Es ese chico, German, el amigo de Larry. Él es el denominador común de todo este asunto.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando hablé con el padre Russell me dijo que no conocía a todos los que asistían a esa iglesia, pero yo no le creo, es una iglesia pequeña y debe de conocer a más de alguno. En especial a esos "chicos que van confesar las banalidades de siempre", como dijo él.

—¿Tú crees que...?

—German Nouville era uno de ellos ¿Te conté lo de la mudanza?

—Me lo comentaste por teléfono, pero... no sé si tenga algo que ver...

—Sí que lo tiene, Carol, escúchame, no sé qué sucedió anoche, no sé qué era esa criatura que me acechó cuando encontré esta vasija, tampoco creo que sea algo sobrenatural, al menos no he llegado a ese punto, pero necesito que me ayudes detener al que está haciendo esto. Sabes tan bien como yo que los federales no moverán un dedo basados en este tipo de evidencias.

Caroline me escrutó pensativa mientras su mirada transcurría intermitente hacía la vasija.

—Muy bien. Sabemos que es un asesino en serie. Los órganos pueden

ser sus trofeos. Pero hay algo que estamos obviando.

—¿Qué cosa?

—Las partes que recolecta. Hay algo muy raro en la manera que se apodera de ellas: Las piernas de un chico, los riñones y esternón de otro... Está siguiendo un plan, o al menos da la impresión de seguir un ritmo de trabajo.

—¿Crees que se los come? ¿Cómo en "Hannibal"? —sugerí, escéptico.

—Lo dudo, aunque no lo descartemos aún. Necesitamos más información sobre ese cura; entrevistaremos al amigo de Larry.

—Y Sebastián —dije al tiempo que me ponía de pie. Caroline hizo lo mismo—, no te olvides de él.

La jornada estuvo llena de ideas y poderosos mecanismos que fueron puestos en marcha en pos de mi investigación, a la cual se había adherido Caroline. Su ayuda sería de gran utilidad, además, no me desagradaba en absoluto pasar más tiempo con ella. Esa misma tarde condujimos hasta al norte de Alazor. Teníamos la dirección de German, ella la había conseguido.

Llegamos a casa del chico. Tocamos el timbre y nos abrió una mujer de cuarenta y pico con cabello corto negro y ojos enormes.

—Hola ¿en qué puedo ayudarlos?

—Buenas tardes, señora Nouville —empecé—, somos los detectives Cincinnati y Touch, necesitamos hacerle algunas preguntas...

—Aguarde un segundo ¿Cincinnati y qué?

—Touch —dijo Caroline.

—Creí que la investigación estaba a cargo de otros detectives. ¿Quiénes son ustedes?

—Hemos pasado a formar parte del equipo desde hace unos meses —expliqué tratando de sonar como un verdadero detective. Si teníamos suerte, la señora Nouville nos tomaría por novatos.

—¿Puedo ver sus credenciales? —dijo con el rostro inmutable—. Disculpen, pero en los últimos meses se han aparecido en mi puerta más periodistas en busca de detalles morbosos sobre la muerte de Larry, que

detectives del FBI para dar alguna noticia sobre el caso.

—Comprendemos —dijo Caroline, quien en un par de segundos y con una calma increíble extrajo del bolsillo de su chaqueta negra una bonita credencial con su foto y las siglas azules del FBI. La exhibió en el aire. Luego me miró y dijo:

—¿Martin?

No estaba seguro de qué hacer, así que le seguí el juego y enseguida me revisé los bolsillos en busca de una credencial inexistente.

—No la tengo —dije con expresión molesta y culpable.

—¿Qué no la tienes? genial, ya quiero ver la cara de Walker cuando regresemos y...

—¿Conocen al detective Walker? —la voz de Karen Nouville había dejado entrever cierta confianza.

—Por supuesto, está a cargo de la investigación —dijo Caroline—. Señora Nouville, lamento el exabrupto de mi compañero, es primera vez que sucede, pero nos enviaron porque la investigación ha tomado un cariz distinto desde que apareció otra víctima.

Luego de la inteligente estrategia de Caroline, quien me sermoneó por lo bajo por no portar una "identificación falsa", la señora nos hizo pasar a su living y nos sirvió café, como si estuviese en presencia de dos detectives federales.

—He estado viendo las noticias, pero para ser franca no he escuchado nada sobre otra víctima.

—Pues la hay —corroboré—. Ha habido otra muerte y nos gustaría hablar con usted sobre ello. Las condiciones en que el cuerpo de la víctima fue hallado sugieren que estamos ante el mismo asesino de Larry, y en esta oportunidad nos gustaría hacerle algunas preguntas a su hijo, si no le molesta.

—¿Cree que él sabe algo?

—Digamos que se han establecido algunas conexiones entre él y el lugar donde los cadáveres han sido hallados. Nos gustaría ahondar en el asunto de su mudanza.

—De acuerdo.

—Usted y su familia se mudaron del condominio de Alazor hacia la zona rural dos meses antes de que se cometiese el primer asesinato, ¿correcto?  
—entre mis manos barajaba un fajo de documentos sobre el tema.

—Así es ¿Qué sucede con eso?

—Tenemos razones para creer que su hijo pudo haber conocido a un potencial sospechoso. Se trata de un cura que ejerce en una pequeña iglesia cerca de la reserva Bodden.

Señalar al cura como sospechoso no era algo en lo que creyéramos Caroline y yo, de acuerdo con nuestra teoría, alguien más debía tener el control de [www.elaveconmanos.onion](http://www.elaveconmanos.onion), alguien joven. Sabíamos que aún no podíamos acusar al hijo de Karen, pero podíamos hacerle preguntas y sonsacarle información valiosa. En lo que a nosotros concernía, él era el potencial sospechoso.

—En este momento German no está aquí —dijo Karen—. Pero supongo que podrían esperar a que regrese del instituto, digo, si no tienen otro lugar al que acudir.

—¿Tardará mucho? —pregunté.

—Lo dudo —contestó— ¿más café?

Caroline y yo dijimos que sí, aunque yo me negué a probar unas galletas de chocolate que nuestra interrogada había servido en un platito junto al café. A la segunda taza me decidí a probarlas y ella fue a la cocina por más; a la tercera, supimos que era hora de irnos. German no llegaría.

Caroline conversó un rato con Karen, trataba de dilucidar aspectos psicológicos del caso por medio de preguntas capciosas. Karen no era la principal afectada, sin embargo, durante la charla reveló que su hijo aún se manifestaba afectado pese al tiempo transcurrido.

Con Caroline en el copiloto, conduje de regreso al centro de la ciudad en el Citroën.

—Nos está mintiendo —dije apenas arranqué.

—Lo sé. Mira la hora que es, German debería haber llegado hace mucho rato.

—Lo encubre. Quizá hasta lo haya alertado cuando fue a la cocina por las galletas.

—¿Crees que lo haya ayudado a matar o solo se limita a protegerlo?

—No lo sé. Seguiremos con el mismo discurso para el sábado. No hay escuela ese día; llegaremos de improviso y lo interrogaremos ¿De dónde sacaste esa credencial?

—Mi contacto del FBI la fabricó para mí.

—¿Tu se la pediste? ¿Para qué?

—Es personal —dijo Caroline, aunque sin poner tanta fuerza a sus palabras.

Detuve el coche al costado de la carretera. No miré a Caroline a los ojos, aunque le dejé sentir el peso de lo que pasaba por mi mente.

—¡Vamos, Carol! Dime ¿por qué rayos tienes una credencial falsa?

—¿Qué te sucede?

—¿A mí? Nada, no soy yo quien anda con una credencial perfectamente falsificada del FBI, y apuesto mi cabeza a que tiene algo que ver con el despido de tu compañero.

—Trabajé para un tipo que me pidió hacer de agente falso.

—¿Has estado haciendo negocios?

—Tú también recibes información a través de mi, Martin. No hice nada grave, al menos nada de lo que me tenga que avergonzar.

—Vale —dije, satisfecho. Pero no lo estaba.

—Cuando estaba en la universidad trabajaba de barman —dijo—, fue así como pude pagarme la carrera. A veces me resultaba irritante, pero la paga era buena. Una noche, cuando salía del bar, un sujeto se me acercó y me dijo que necesitaba hablar conmigo sobre un trabajo. El resto ya lo sabes.

Y en efecto, así era. Caroline estuvo en varias clases conmigo. Fuimos a la universidad juntos, pero a ella le ofrecieron un puesto menor en el FBI. Jamás había entendido muy bien cómo había sucedido eso. Hasta ahora.

Tras la licenciatura habíamos perdido contacto y aunque existía Facebook, jamás me hice una cuenta. Creo que de haberlo hecho quizá no se me hubiese ocurrido agregarla como amiga ya que además de compartir como condiscípulos en la facultad, jamás tuvimos una amistad

tan estrecha, y años más tarde, tras telefonazos intermitentes en busca de favores, ahí estábamos, sentados en mi auto, desenterrando una parte de su vida de la cual yo nunca fui parte, como si jamás hubiera conocido a Caroline, como si la estuviera viendo por primera vez.

—¿Estas molesto conmigo?

—No.

—¿Entonces?

—Me preocupo por ti.

Hubo una pausa, su rostro lucía sereno, aunque me resultaba vergonzoso mirarlo. Finalmente, me dijo:

—Gracias.

Los dos mirábamos hacia el frente. Encendí la radio y reanudamos el viaje. Ninguno habló en todo el camino.

Me refugié en mi apartamento, con Caroline acordamos llamarnos si surgía algo nuevo antes del sábado. Faltaban dos días para eso. A la Mañana siguiente fui a trabajar y me encontré con una multitud de colegas que corrían de allá para acá, todos contestando llamadas. Una sensación de alarma se había disparado y el periódico parecía más bien un campo de batalla. En medio de la batahola de periodistas y el murmullo imparable una colega llamada Sandrine me cogió del brazo y me puso al día.

Brian Ferbs era un chico de diecisiete años que asistía a la escuela Summerhill, ubicada en Blackhole, a treinta kilómetros de la ciudad. A las siete de la mañana de ese mismo día, el joven ingresó al hospital Memorial por su cuenta, gesticulando desesperadamente y con las ropas rasgadas, el cabello sucio y la piel herida. Su boca estaba empapada de sangre, y es que Brian no tenía lengua: se la habían arrancado.

Todo el mundo se había vuelto loco por la noticia dado que era un claro indicio de que se trataba de un sobreviviente del asesino en serie. ¿Lo sería? Era muy probable. Aunque según yo era algo muy inusual que el asesino hubiese viajado tan lejos para matar. De acuerdo con Sandrine, el chico permanecería en el hospital hasta recuperarse del todo. Había mucho trabajo por hacer ¿Es que a caso nadie sabía aún por cuantos días estaría ahí? ¿Quién estaba cubriendo la noticia? ¿Dónde estaba el FBI? Llamé a Caroline y me dijo que ya estaba en ello.



—Juntémonos en tu departamento, tengo buenas noticias —dijo.

—¿Qué sucede?

—Ya verás.

Salí del periódico hecho una bala en el Citroën. Cuando llegué Caroline me esperaba afuera de la puerta, llevaba un bolso grande con la forma de un notebook. Su ojos disparaban ansías.

Entramos, sacó su computadora y entramos a la deep web. Caroline había sido capaz de sacar más información del sitio. German, nuestro sospechoso número uno era quien mantenía el sitio en funcionamiento. Luego me mostró una imagen que rápidamente se había filtrado en las últimas horas: Un ave de plumas negras con dos manos humanas en lugar en patas. La imagen era muy perturbadora.

—Tiene que ser una farsa —dije.

Caroline estaba seria.

—De acuerdo con el autor del blog que la difundió, no lo es. La cuestión es que no fue el de German quien la dio a conocer, si no el blog de otro usuario. Al parecer la hizo circular por las redes y en este minuto se está viralizando, claro que eso no es todo —dijo, luego minimizó la ventana del blog y abrió un archivo distinto que había en su escritorio—. Al parecer este usuario misterioso ha conseguido lo que nosotros no: ingresar al sitio de German, y ha publicado información detallada sobre los orígenes de esta criatura.

—Esto es una locura. Caroline, tiene que ser una farsa.

—Estoy de acuerdo, pero son demasiadas pruebas para ignorar.

—¿Cómo sabemos que es cierto? Yo también puedo crear una imagen así...

—Te cortarían la lengua si lo hicieras.

—¿Qué?

—Mi contacto rastreó la dirección ip del bloguero ¿te suena el nombre de Brian Ferbs?

—Mierda.

—Así es. Brian tomó la fotografía no hace muchas horas y alguien se

vengó por ello.

—Tenemos que ir a verlo —solté.

—No nos lo permitirán, sabes tan bien como yo que el sitio debe estar atestado de periodistas.

—Y policías —reflexioné en voz alta.

—¿Otra idea?

—Solo nos queda ir a ver German, pero ya —dije.

—¿Qué hay del ave? ¿No crees que sea hora de abrir la mente un poco?

—¿Cómo dices?

—Nada, olvídalo, seguiremos tu plan —dijo, irritada.

—No, quiero saberlo.

—¡De acuerdo! ¿Tanto te urge? —Estalló— estás molesto porque guardo secretos, pero hay muchas cosas que te molestan de las que no quieres hablar.

—¿Cómo dices?

—Admítelo, te fastidié con lo de haberme ido al FBI y además crees que estas detrás de un asesino en serie cuando podría ser otra cosa, y también sabes que te pasa algo más con todo esto.

En ese minuto sentí como se me colaba la sangre al rostro y en mi interior se acrecentaba una rabia contenida.

—¡Muy bien! Si crees que sabes tanto ¿por qué no te haces cargo tú del maldito caso?

Me temblaban las manos y sentía fuego en el estómago. Caroline negó con la cabeza y se dirigió al sofá, se sentó y reparó en la fotografía de Joane, mi ex novia fallecida.

—También era demasiado joven —dijo Caroline.

Yo permanecí en silencio, la rabia estaba amainando, dije "sí", en un susurro, pero Caroline no me escuchó. En realidad me lo dije a mí mismo.

—No la conocí lo suficiente, pero sé que esto es personal por su causa. Hablamos en una ocasión, aunque no recuerdo de qué.

—Algo más que no sabía —dije en un tono cansino, incapaz de seguir con una inservible disputa.

Caroline respiró hondo.

—No sabremos quién la mató, no ahora —luego me miró y prosiguió—: pero debemos prevenir que más chicos continúen siendo asesinados por lo que sea que está suelto allá afuera.

Fui y me senté a su lado. Sentí que el peso de la muerte de Joane, antes sobre mis hombros, se deslizaba espalda abajo en tanto la mano amiga de Caroline se posaba sobre mi nuca. Luego, atrajo mi rostro hacia el suyo y me besó. No fue un beso apasionado, sino suave, como un accidente premeditado para eludir la lujuria en un par de labios dulces y pequeños. Cerré los ojos y ella dejó de besarme. Sonrió como si cien mil personas nos hubiesen visto o sintiese vergüenza del retrato de Joane. Aquello me dejó sin aliento y a Caroline, incapaz de decir palabra, aunque estaba claro que lo había disfrutado tanto como yo.

Finalmente trazamos un plan. Ella iría a hablar con German y yo con el padre Russell. Caída la tarde, el resquicio del sol se acostó sobre la franja del horizonte mientras me deslizaba por la carretera camino a la iglesia. Un halo de luz anaranjada envolvía la flora silvestre de la reserva. Logré estacionarme a tan solo unos metros de la iglesia. El lugar estaba desierto y padecía el mismo aspecto abandonado y sucio de la vez anterior.

Me apeé del vehículo y me encaminé hacia allá. Al llegar a la entrada pude sentir el perfume dulce de las acacias. Subí los peldaños y abrí la puerta, había mucho olor a incienso, igual que en mi primera visita. Entré con algo de recelo. Era una estancia amplia, aunque no tanto como las iglesias de la ciudad. Las hileras de bancos que se extendían bilateralmente estaban vacías. Las pequeñas repisas adosadas a las paredes en las que había visto los velones estaban chorreadas de cera amarillenta. El entorno ofrecía un aspecto bastante decadente. Me resultaba increíble, estando de pie en el centro del templo, que alguna persona quisiera estar ahí los domingos o cualquier otro día para ritos religiosos. Caminé hacia el púlpito, a su lado había una mesa cubierta de un mantel blanco.

De pronto sonó mi celular.

—¿Caroline?

—No, soy Jonathan, de la morgue.

—Jonathan, hola ¿Cómo estás? ¿Qué sucede?

—Estoy bien —contestó—. Creí que sería importante que supieras que, después de la autopsia de Larry Huff, encontré una cauterización interesante en sus piernas o mejor dicho donde estaban sus piernas.

—De acuerdo ¿Qué hay con eso?

—Pues que necesitaban las piernas para algo; las necesitaban para usarlas ¿entiendes?

Aquello resultaba esclarecedor, aunque era un descubrimiento que Caroline y yo habíamos considerado con anterioridad, por lo que el mensaje de Jonathan perdía novedad.

—Pues sí, ya habíamos pensado en algo así.

—Creo que no me has entendido bien. Oye, sé que no es mi asunto, pero ¿no se te ha ocurrido que alguien pudiera estar recreando a Frankenstein?

Me quedé en silencio.

—¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Sí, continúa —respondí.

—Estuve hablando con un amigo; no es la primera vez que sucede. En los noventas desaparecieron cinco chicos de entre quince y diecisiete años a los que también les habían extirpado distintas partes y órganos; el FBI metió sus narices en el asunto aunque las muertes se detuvieron en menos de un año.

Justo en ese momento, vi al padre Russell entrando al templo.

—¿Dónde encontraron los cadáveres? —le pregunté Jonathan sin dejar de ver al padre.

—Prácticamente al sur de Alazor, en la periferia, donde mismo se han encontrado los de este año.

—Gracias —le dije—, debo dejarte...

—¡Espera! Aún no me terminado ¿Dónde estás?

—En una iglesia.

—¿Qué?

—Jonathan tengo que colgarte, hablaremos más tarde, adiós.

El padre Russell caminó hacia mí, esta vez tampoco llevaba sotana. Llevaba unos jeans oscuros y una camisa rojo italiano.

—Señor Cincinnati —dijo en un tono suspicaz. Alrededor de su cuello pude notar el brillo de una cadenita, probablemente con una cruz que se ocultaba al final, bajo el último botón de la camisa.

—Padre, gracias a dios que lo encuentro.

—¿Sucede algo?

—Necesito hablar con usted sobre el caso del ave con manos.

—¿Disculpe?

—Es lo último de lo que se está hablando en la ciudad —le dije como si no fuese gran cosa—. Hace unas horas un chico de Blackhole fue hospitalizado porque alguien o... algo, le había cortado la lengua, el asunto es que ese chico habría sido quien hizo circular la imagen de una extraña criatura alada en internet. Además obtuvo acceso a un sitio web y divulgó información confidencial.

—Me temo que no estoy comprendiendo ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Usted dígame.

Hubo un silencio, y de pronto se formó una sonrisa en los labios del cura.

—¿De qué está usted hablando?

—Creo que lo sabe muy bien —lancé—, y creo que es hora de que deje el papel de idiota. Usted sabe algo y lo ha estado ocultando, de la misma forma que oculta lo que sea que sucede dentro de esta asquerosa iglesia.

—¡Oiga, deténgase!

—Estoy recién empezando, así que más le vale que hable.

—¿Qué es lo que “cree” saber? ¿Eh? ¡Dígamelo! —vociferó.

En ese momento arremetí contra él, lo cogí del pecho de la camisa y aplaqué su cuerpo sobre la mesa que estaba tras de mí.

—Creo que usted va a decirme todo lo que sabe o le romperé el culo a patadas, empezando por quién es realmente, señor —mis ojos observaban su cadenita, que ahora estaba expuesta y podía verse lo que colgaba al final: la imagen de un ave encerrada dentro de una jaula.

El sujeto se dio cuenta y abrió aún más sus ojos, boquiabierto.

—¡No puedo decírtelo! —exclamó en un tono suplicante.

—Lo hará.

Haciendo acopio de fuerzas y respirando hondo, le propiné un fuerte y violento puñetazo en la mandíbula. Mi mano latía, sudorosa y caliente y mi corazón estaba a mil por segundo.

—Oiga, no suelo golpear curas, pero usted no es uno ¿o sí? —Estaba jadeando— dígame quién es y qué sabe, y lo dejaré en paz.

Mi celular sonó y bastó con esa pequeña distracción para que Russell me empujase con fuerza hacia atrás de una sola patada en el rostro. Trastabillé en un peldaño que había antes de llegar al púlpito y Russell huyó a toda velocidad como alma que lleva el diablo. Logré componerme de la patada y el cabezazo extra sobre el peldaño.

—¿Quién carajos es? —ladré.

—Soy yo —era la voz de mi compañera— ¿Qué sucede?

—Estoy en la iglesia, interrogué a Russell a golpes y ha huido. Voy tras él.

Y así era. Salí tras él y a la salida de la iglesia vi un cacharro con una luz trasera quemada saliendo a toda marcha por el camino de tierra.

—¿Qué has hecho qué?

—Tranquila, no es un cura, puedo golpearlo —expliqué.

—De acuerdo... escucha, estoy saliendo de la casa de los Nouville, al parecer todos estos chicos tienen algo en común.



—No me digas.

—Si te digo. Son todos satanistas, Martin.

—Sí, me lo imaginé cuando interrogaba a Russell.

—Lo necesitamos, él sabe...

—Ha huido, ya te lo dije —interrumpí—. Estoy subiendo al auto.

—¡Dios mío! Martin, ten cuidado.

—Tengo que colgarte, ya te llamo, adiós ¡ah! Y ve a ver a Jonathan, es el médico forense, tiene información importante, adiós.

Apenas había colgado y el Citroën iba a medio camino, pisándole los talones al vehículo de Russell. El cacharro era más rápido de lo que parecía, eso o su dueño era lo bastante audaz como para escabullirse por el terreno sombrío y tortuoso por el que transitaba. El sendero era una sola vía franqueada de pinos. Iba a seis metros de Russell y acelerando como un loco para alcanzarlo, creía poder conseguirlo, hasta que tomó un desvío y giró su auto hacia el interior del bosque; aunque pasé de largo, retrocedí y me metí por donde mismo. Las llantas traqueteaban sobre el terreno y apenas tenía visibilidad, pero aún así veía la única luz trasera del auto de Russell.

De pronto, desembocamos hacia la carretera, era el mismo sitio donde yo había aparcado cuando visité la escena del crimen por primera vez, donde estaba el letrero de la reserva Bodden Forest. El motor de Russell rugía con potencia y los neumáticos chirriaron y despidieron un fuerte olor a quemado mientras aceleraba para salir por la carretera. Pisé a fondo el acelerador y lo seguí. No podía dejarlo escapar. La velocidad de mi auto era increíble, aunque más increíble era que la del trasto al que perseguía fuese aún mayor. Zigzagueábamos veloces y sentía que mis manos, apretadas en el volante, sufrían por mantener el control... Hasta que logré llegar a centímetros del objetivo. Me deslicé hacia el lado, avancé y quedamos enfrentados. Mi auto se pegó al suyo y logré darle un buen empujón que lo hizo desviarse; miré los ojos de Russell, estaba hecho un demente, tal cual o peor como lo vi en nuestro primer encuentro.

De repente miró hacia el frente y sus ojos reflejaron un terror inusitado, pero para entonces yo ya había dado otro fuerte empujón con mi auto; jamás reparé en el puente que nos esperaba unos metros más adelante hasta que ¡pum! El auto de Russell salió volando hacia el lado izquierdo y se precipitó al vacío. Retrocedí varios metros adelante en medio de la carretera y me apeé del vehículo. Corrí rápidamente hacia el lugar y vi los fierros destrozados al borde del abismo y a continuación, el

auto del sospechoso sumergiéndose en el agua.

“No escaparás” —pensé.

Se me contrajo el estómago, tomé aire y salté al vacío. Sentí mi peso clavarse en el agua, sumergiéndome para nadar hacia el automóvil en busca de Russell. Mi visión subacuática era difusa. Al llegar a la puerta del conductor comprobé que no había nadie. La puerta estaba cerrada y aunque intenté abrirla, la presión del agua me dificultaba el trabajo. Me di la vuelta pasando por encima del vehículo hasta llegar al asiento del copiloto y apenas descubrí el vidrio roto, una soga se enroscó a mi cuello. A continuación sentí cómo el maldito de Russell me estrangulaba con la plena determinación de asesinarme... y tuve la certeza de que lo conseguiría.

En ese momento perdí el control. Pataleé como endemoniado; trataba de zafarme con las manos, pero la cuerda estaba apretada, Russell era demasiado fuerte y en menos de cinco segundos se me escapó todo el aire de los pulmones. El pánico se apoderó de mí. Respiré agua, y seguí convulsionándome hasta desmayarme... dejé de respirar, y permanecí semiconsciente, porque a pesar de todo, Russell no escaparía. La cuerda aflojó alrededor de mi cuello y en ese momento me volví hacia atrás y apenas vi el rostro de Russell lancé una patada que dio de lleno en su estómago. Cogí la cuerda, que estaba suspendida a mi lado, y la usé para darle a mi agresor algo de su medicina.

Y me lo llevé a la superficie.

Arrastré su cuerpo pesado usando solo la cuerda. Ya no tenía aire, me movía frenético, me dolía la cabeza y apenas podía con su cuerpo robusto. Al emerger a la superficie, tragué aire descomunadamente; el oxígeno me era dulce. Russell estaba inconsciente.

Nadé con él hacia la orilla. Ahí dispuse su cuerpo, le tomé el pulso y supe que no estaba muerto. Comencé con la resucitación cardiopulmonar. Alterné compresiones torácicas e insuflaciones de aire en su boca, pero el maldito se negaba a volver. “no escaparás, hijo de puta”.

Seguí insuflándole aire, golpeando su pecho y repitiendo hasta que por fin, después de varios minutos, escupió un gargajo de agua al tiempo que tosía y todo su cuerpo se convulsionaba. Abrió los ojos, desorbitados. Me miró con asombro, tratando de articular alguna frase.

Pero no podía.

—Genial —exclamé—, estás vivo ¿Cómo dice, padre? —me burlé— ¿Qué ha visto al creador? Pedazo de mierda que debe de ser usted para que

dios lo mande de vuelta.

Russell estaba en shock.

—No, No puede ser... —masculló.

—¿Qué cosa?

—Imbécil. Ahora nos matará a todos, a todos.

—Cállate, vendrás conmigo.

En menos de tres minutos lo lleve a tirones a mi auto. Tenía prisa, aunque no sabía exactamente por qué.

Faltaban diez minutos para las cinco de la mañana. Conduje de regreso a la cabaña. Había tomado la precaución de amarrarle las muñecas a Russell. Ninguna hora era menos propicia que aquella para reducir a alguien tan robusto. Estaba cansado y hambriento. Russell no dijo ni pio durante el trayecto. Al llegar, lo saqué a tirones del vehículo al tiempo que cogía un encendedor de la guantera. Russell cayó al suelo y aproveché un trapo que tenía en el auto para amarrarle los pies.

—Empieza a hablar de una vez — le espeté.

No respondía, así que prendí el encendedor y lo puse sobre su cuello. Un grito intenso de dolor emergió desde lo profundo.

—No volveré a repetirlo...

—¡No puedo decírtelo!

—¿Usted mató a esos chicos? ¿Usted le cortó la lengua al muchacho que salió en las noticias?

—Soy responsable por dejar que sucediera, así que se podría decir que soy culpable.

—O cómplice.

—Victima.

Acerqué más mi rostro al de él.

—Usted no podría ser víctima ni aunque fuera cura de verdad. ¿Qué representa ese colgante que lleva? —dije al tiempo que le arrancaba la

cadena de un solo tirón.

—Una promesa.

—¿Una promesa a quien?

—No es asunto tuyo.... Muchacho, deja de buscar, deja de preguntar...

—Ya es tarde para eso.

—Nunca es tarde para salir con vida.

El ambiente se tornó aún más denso ¿Qué intentaba decir?

—¿Me está amenazando?

—No. Te estoy dando una salida.

—Y yo perdiendo la paciencia.

Otro puñetazo, y esta vez en la nariz. Era una noche dura para Russell, y al parecer, con lo cretino que era, el infierno se congelaría antes que la verdad saliera de sus labios. Mis nudillos se tiñeron de rojo mientras ardían con viveza.

Abrí la puerta del conductor nuevamente y extraje el revólver bajo el asiento. Me erguí ante Russell sin mostrarle el arma y este me observó sin entender qué sucedía.

—Iremos a dar un paseo —dije.

Mis pensamientos conspiraban imbuidos por un sentido de justicia, aunque vacilaban ante el evidente daño físico que le estaba causando a aquel sujeto. A falta de pruebas en su contra solo podía hacer preguntas y torturarlo hasta que dijera la verdad.

Avanzamos sin más hasta la zona donde habían sido encontrados los cuerpos de Larry y Sebastián. El remanso de la noche veraniega se había tornado extraño y depuraba un frío húmedo. Mi ropa era un desastre a causa de la zambullida en el río, aunque la adrenalina en mi sangre inhibía sin dificultad los efectos del traspase y la violencia de aquella persecución.

—¿Qué pretendes? —preguntó él.

—Quiero la verdad.

Russell escrutó el terreno al tiempo que alternaba su atención hacia el arma que le apuntaba.

—¿Y cuál es el plan? ¿Matarme y arrojar mi cuerpo ahí? —dijo señalando el pozo con un movimiento de cabeza.

—¿Eso crees?

—No. No eres un asesino. Preveo noche de tortura —sus ojos me observaron fijamente y su cuerpo no mostraba más tensión que la que ya habíamos experimentado al comienzo de aquella noche infernal.

—Hábleme del asesino, Usted lo conoce, lo encubre.

—Pensé que según tú era yo quien mataba a esos chicos.

—Basta de juegos. Usted señaló a alguien más y quizá sea lo único cierto que me ha dicho. Usted, Russell, tiene miedo porque alguien que no soy yo acabará con su vida. Apuesto a que desearía haber muerto esta noche por un simple ahogamiento ¿o me equivoco?

—Suenas a que estás muy seguro, y me pregunto si realmente eres tan imbécil como para creer que sobrevivirás después de mí.

¡Pum! Primer disparo al suelo, a centímetros de Russell. Ya me estaba colmando la paciencia.

—¡Di la verdad! ¡Dime el nombre del asesino! ¡Ahora!

El sujeto había trastabillado.

—Te llevaste mi vasija —masculló en el suelo—, pero... gracias de todos modos por no arruinar los intestinos.

De repente un grito horripilante surgió de la garganta de Russell y este corrió hacia el pozo, se paró de un salto sobre el borde y se dejó caer al interior. Todo paso de prisa. Era el mismo grito antinatural que había escuchado la noche que encontré la vasija con los intestinos en el bosque. Corrí hasta el pozo y apenas asomé el rostro escuché el mismo graznido. Una serie de pájaros emergieron con una violencia y estruendo tales que me hicieron caer de espaldas.

Solo después de ver a todas escapar al alba, identifiqué a una con garras y cuerpo considerablemente más grandes que los de sus compañeras... Mis ojos y mi mente no lograban sincronizarse para dar crédito a lo que estaba pasando...

El cuerpo de la criatura antropomorfa abarcaba tres cuartos del cielo. Las aves aleteaban y emitían sonidos caóticos al tiempo que el monstruo volaba en círculos sobre mi cabeza. Sus gritos inducían un terror creciente en mi corazón. Era un grito desolador y su dueño, portaba un aspecto mitológico y diabólico: Un humano de piel oscura, alas negras de pájaro y una mirada terrible.

Se plantó en frente de mí.

—Así está mucho mejor —dijo— ¿Tu qué opinas?

## II

Daniel Stuart no podía dejar de asombrarse ante la belleza inaudita del cerebro humano y, ¿Cómo no hacerlo cuando su trabajo era extraérselo a alguien del coco y pesarlo en una balanza? Las sinuosas cavidades que serpenteaban en el órgano cual ciruela al jugo reposaba tranquila les eran motivo de admiración y curiosidad. Llevaba años estudiando el cuerpo humano desde su ecléctica perspectiva. Mientras la pantalla de la balanza calculaba el peso y él se adentraba en los misterios del corazón, una chica alta, rubia y muy bien vestida irrumpió en la sala. Su taconeo apresurado y su perfume súbito lo sacaron de su concentración al instante.

—¿Quién es usted?

—Caroline Harris, FBI, tengo que hacerle algunas preguntas, y muy poco tiempo. Es acerca del caso del ave.

—¿Cómo dice?

—¿Conoce a Martin Cincinnati?

—¿A Martin? Pues sí... él...

—Fabuloso. Hablé con él hace unos minutos y me dijo que viniera para acá, que usted tiene información sobre el caso. Me imagino que ya sabe de lo que estoy hablando.

—¿Le pasa algo a Martin?

—Está en apuros. Necesito su ayuda y luego ir hasta la reserva Bodden.

—De acuerdo, de acuerdo, no sé qué decirle. Yo... averigüé algunos datos sobre el caso. Patrones históricos, ya sabe. Me gusta impregnarme



de algo más que...

—Al grano, Doc.

El viejo Daniel expiró hondo y frunció el ceño.

—El asesino podría llevar más tiempo aquí del que sabemos —Daniel arrojó su bisturí sobre una riñonera de acero y se quitó los guantes.

De pronto sonó el celular de Caroline.

—Espere un segundo —dijo—. Martin ¿Qué sucede? ¿Cómo dices? ¿Russell se transformó en...? —El rostro de Caroline adoptó un aspecto mudo y trágico— ¿dónde estás?

Tres segundos después Caroline guardó el teléfono.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Daniel. ¿Qué le pasa a Martin?

—No estoy segura, la llamada se acaba de cortar.

—Vamos a la reserva de inmediato. Le contaré en el camino lo que sé acerca del caso.

Caroline condujo e iba hecha una bala. A más de cien kilómetros por horas la Mitsubishi todo terreno se devoraba la carretera. El inquieto copiloto narraba lo mejor que podía los pormenores del caso mientras ella aún trataba de digerir la conversación telefónica con Martin.

“Russell se acaba de convertir en un monstruo. Todo es real; tenias razón”

—... Y si lo pensamos bien, lo verdaderamente interesante es el lugar donde han sido hallados los cuerpos.

—¿Por qué?

—Es un lugar en el que muchos chicos se reúnen para hacer ritos satánicos.

—Lo sé. Hoy entrevisté a German Nouville, amigo de la segunda víctima, me confesó lo que hacían aquella noche en el bosque él y su amigo.

—¿Qué amigo?

—Larry, la primera víctima.

Caroline pasó a otro vehículo en una maniobra arriesgada. Daniel palideció y por poco se mea en los pantalones.

—¿Qué ritual hacían?

—No lo recuerdo en detalle. Era algo demasiado retorcido. Pero lo hicieron alrededor del pozo. Al perecer una supuesta criatura demoniaca vive en él.

—Vivía, querrá decir.

—¿A qué se refiere?

—Si realizaron el ritual y ya ha muerto gente es evidente que esa cosa ya no está en el pozo, ¿No cree?

—¿Usted sí? ¿Me va a decir que cree que una criatura alada del infierno ha venido a matarnos a todos?

—Sí.

—Pues adivine, Doc. —Caroline esquivó otro auto—, Martin me acaba de contar que el cura de la iglesia local se convirtió en un monstruo alado.

Hubo una pausa alimentada solo por el ruido del tráfico, la velocidad y el suspenso.

—Eso no tiene sentido —reflexionó Daniel en voz alta.

—Lo sé. Yo al principio me negué a creer, pero luego recordé...

—No hablo de eso —negó con la cabeza—. Le creo, pero ese cura no puede ser el asesino, digo, el asesino debe ser alguien que luzca más humano.

—¿Por qué?

—Piénselo. Ya tenemos la certeza de que el asesino es sobrenatural, pero aun así, se trata de un ave con manos.

—¿Y?

—Y que una avecilla no puede hacer el suficiente daño, pero alguien que haya usado las partes sustraídas a los cadáveres tendría otro aspecto.

—Llegamos —dijo Caroline.

Apenas bajaron de la camioneta se internaron en las profundidades del bosque. Caroline avanzaba con la sagacidad de una cazadora con su acompañante a la ciega.

El azul lívido del cielo, húmedo y aciago, daba paso al amanecer, aunque parecía como si no fuese a suceder nunca. Las altas montañas dificultaban la señal y Caroline no lograba comunicarse con Martin. Habían llegado hasta el pozo.

—No funcionará —afirmó Daniel, que veía la insistencia de Caroline por llamar al celular de Martin—. ¿No le dijo donde estaba?

—Cerca de aquí. Es obvio que ha huido de ese monstruo ¡Dios! ¿Ahora qué haremos?

El viejo medico contemplaba el pozo mientras Caroline caminaba de allá para acá mirando en todas las direcciones posibles ¿qué tan lejos habría llegado Martin? ¿Seguiría con vida si quiera?

### III

Había disparado sobre su pecho ¡Cuatro veces! Pero Russell solo se limitó a sonreír con perversidad al tiempo que él mismo se extirpaba las balas del cuerpo. De una patada hizo que la pistola saliera volando lejos de mi mano. Entonces empecé a correr. Sabía que no tenía posibilidades de vencerlo sin un arma. Corrí a toda velocidad para perderme en el bosque, pero la oscuridad ya no era mi aliada. Poco a poco la luz diurna le daba visibilidad a todo cuanto habitaba ese lugar. Iba en zigzag entre los pinos para confundirlo, pero sus alas le daban ventaja. Tenía que retrasarlo de alguna manera y encontrar un arma, lo que fuera. Caroline debía de haber llegado y eso hizo que mi angustia y pánico aumentasen. Corría sin rumbo entre la vegetación y Russell estaba cada vez más cerca de ponerme las manos encima. Dejé de dar vueltas y corrí todo lo rápido que pude en dirección norte, hacia la iglesia. Atravesé el bosque de acacias espinosas y escuché un grito de dolor prolongado y teñido de rabia. Me detuve un instante y vi cómo Russell se había estrellado contra los troncos afilados. Sus alas negras sangraban mientras trataba de liberarse de las espinas que atravesaban su cuerpo.

Llegue a mi destino y por fortuna mi auto aún estaba ahí. Me subí y eche a andar cuando de pronto Caroline y el forense emergieron de la nada en frente de mi auto. Me detuve con el corazón desbocado.

—¡Martin! ¡Gracias a Dios te encontramos!

Al descender del auto, ambos se aproximaron, pero con lo primero que mis ojos se toparon, fue con el destello de una cadenita que pendía libremente del cuello de Daniel Stuart. Mi mirada y la suya se cruzaron. Sentí un miedo líquido colándoseme en el corazón, y él lo supo.

—¡Caroline, apártate!

Ni mi cuerpo ni mi voz fueron más rápidos que sus brazos. En cuestión de segundos, Daniel rodeó el cuello de Caroline con su antebrazo, dificultando su respiración.

—Quieto o la mataré.

—Déjala.

—¡Hijo de puta, me engañaste! —mascullaba Caroline mientras luchaba por zafarse de su captor.

—No es mi culpa que ambos sean tan idiotas como para no saber quién era yo.

—¡Tú! —Le dije— Tú los mataste.

—Los necesitaba. Te lo dije, alguien estaba recreando a Frankenstein.

—Y tú eres él.

—En carne y hueso. Los chicos me llamaron, yo estaba tan solo...

“el pozo” —pensé.

—Te llamaron del pozo. Eras un ave...

—Con manos. Ahora mírame: piernas, brazos, cabeza... re ensamblado por completo.

Sus ojos azules resplandecieron y con la mano libre se quitó los bifocales. De pronto, estos dieron vuelta, tornándose blancos y espeluznantes mientras su boca se abría descomunalmente; su mandíbula desencajada se abrió como buzón para exhibir unos dientes amarillos y con forma de pequeñas puntas como las de un serrucho oxidado.

El horror me entumeció los músculos.

—¿Qué diablos eres? —susurré. Aquello que veía era real, y me llenó el alma de un miedo sobrecogedor.

Caroline gritó como loca.

—Soy algo que ni siquiera puedes concebir, niño. No soy ni animal ni humano, ni espíritu ni demonio.

—Odio los acertijos.

—Yo igual, me dan hambre. Pero hoy es mi día de suerte.

Su atención se volvió de inmediato hacia Caroline.

—¡No!

Caroline dio una patada al revés y su grueso tacón dio de lleno en los testículos de Daniel. A diferencia de su cómplice, Daniel sí sentía el dolor. Caroline sacó un arma de su chaqueta y disparó varias veces en el pecho, sin éxito, hasta que apuntó a la cabeza y tras dos disparos esta estalló como piñata mientras el cuerpo se derribaba al suelo.

Ambos quedamos paralizados. Ella sostenía el arma y cuando la bajó, sucedió lo impensable: Con algo de dificultad, el cuerpo de Daniel se puso de pie. Caroline no reaccionaba y el cuerpo se dirigía hacia ella. Le arrebaté el arma de las manos y disparé contra los pies. Daniel cayó. Pero aquello no era definitivo. Seguía moviéndose.

—¡Por dios!

—Tranquila. Tengo una idea.

—No, mira —Caroline apuntó con el dedo hacia el frente.

Russell estaba a menos de cinco metros, malherido, y cuando estaba a punto de salir corriendo de ahí con mi compañera, el monstruo alado volvió a gritar y se metamorfoseó en el hombre que era.

—Lo han matado —dijo.

—No del todo —aclaré.

—Sé lo que hay que hacer.

El sujeto dio un paso hacia nosotros y le apunté con el arma.

—¿Qué haces? — pregunté.

—Solo ayudar.

—Mi compañera le disparó y no funcionó, pero lo ha rematado con dos disparos en la cabeza. Me pregunto si eso será efectivo en lo que quiera que seas tú.

—No lo hagas.

—Dame una razón para no hacerlo.

—Él está muerto ¿Qué más da? Ya no hay amenaza. Cumplía sus órdenes. Nadie se había acercado lo suficiente como para acabar con él, y eso me libera de toda responsabilidad.

—¿Cumplías sus ordenes?

—Sí. Ahora traigan algo afilado, antes de que se siga moviendo.

—¿Para qué? —preguntó Caroline.

—Solo hay una manera de asegurarnos que no regrese. Sé buena, entra en la iglesia y trae una sierra, está en un cajón al final de mi aposento.

Quizá Russell ya no era una amenaza, pero jamás confiaría en él, por lo que nunca dejé de apuntarle con el arma. El cuerpo de Daniel Stuart fue descuartizado de un modo ritual. De acuerdo con Russell, quien conocía el ritual de primera fuente (las confesiones de German Nouville no eran banalidades después de todo), el cuerpo debía ser dividido en un total de siete partes.

Cada pierna, pie, brazo, tronco y restos de la cabeza fueron depositados en siete cajas de madera, las que más tarde serían desperdigadas por distintos rincones del mundo. Tras una denuncia conjunta, el pozo fue demolido y rellenado de concreto. El secreto del ave con manos fue enterrado y las muertes cesaron, pero una semana después del suceso, Caroline y yo nos enteramos que el padre Russell había volado de la iglesia sin planes de volver. Su paradero era desconocido, aunque sospechábamos que solo estaba asegurándose de ocultar los restos de Daniel.

—¿Crees que vuelva? —me preguntó Caroline mientras bebía su macacino.

—Lo que me preocupa es que esté tramando algo. Debí haberlo liquidado cuando pude.

—No digas eso. De haberlo matado, no habríamos sabido cómo deshacernos de Daniel.



—Es cierto. Pero aun así, pude haberlo matado después.

Caroline me dedicó una mirada extraña. Tal vez analizaba algo de lo que yo no era consciente.

—¿Qué sucede? —le pregunté

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En ti. En lo que hemos tenido que pasar. Matamos algo que no entendemos ¿te sientes distinto de algún modo?

Sentí sus ojos reposar sobre mi rostro, haciéndome una radiografía que traspasaba todos los límites de lo personal y lo profesional. Su pregunta era certera, porque después de haber actuado del modo en que lo hice, de asesinar y torturar en nombre de las víctimas de ave, el alivio de la justicia igualaba el peso de una oscuridad latente en mi interior.

—Puedes apostar el cuello a que sí.

Ambos estallamos en carcajadas.

